

Fué preciso apartar a la santa mujer para hacer saltar la puerta.

Todos se precipitaron en la cocina.

Estaba vacía.

De los tres enormes calderos de rancho se escapaba una ligera humareda, y Bibi se había desvanecido también como un poco de humo.

¿Por dónde había salido? Aquella cocina no se comunicaba con ninguna otra habitación, excepto con la despensa, de la que acababan de salir. No había lumbreras. La claraboya que daba a la cubierta, y que estaba cerrada por cristales muy gruesos, acribillados a balazos, tenía además una armadura de hierro que impedía el paso de un hombre. ¡Y arriba también había vigilantes!

¿En dónde estaba?

De pronto se oyó la voz de faldete del Soponcios, que gritaba:

—¡Por aquí!... ¡Por aquí!... ¡Ahí va!... ¡Ahí va!...

En un abrir y cerrar de ojos quedaron vacías la cocina y la despensa, y todos corrieron tras del Soponcios, que corría también como un loco por los corredores, precipitándose por una escala, resbalando, cayendo al suelo, levantando la cabeza y diciendo con cómica desesperación a los que le rodeaban:

—¡Le he visto!... ¡Ah, le he visto!... ¡Miren ustedes, ha desaparecido por allí!... ¡Indudablemente es el diablo!

## CAPÍTULO VI

## B I B I

ACABABA el timonel de *pícar* los ocho toques de las doce de la noche, cuando el comandante Barrachón entró en su camarote. Sentóse a su mesa y se dispuso a proseguir el excepcional relato de los excepcionales acontecimientos ocurridos durante el curso de aquella extraordinaria travesía. Salía de la enfermería, adonde había ido a visitar a los vigilantes heridos por las balas de Bibi; y después de permanecer unos instantes a la cabecera del lecho de Sor María, que deliraba, regresó a su cámara, deseoso de anotar de una manera precisa los sucesos de aquel día fatal. El tiempo era bueno. De completa calma. El *Bayardo*, con su cargamento de bandidos, continuaba «en paz y en silencio» su viaje al puerto de salvación. Tras de las tempestades recientes—las del cielo y las de a bordo—, era una cosa tan rara y tan grata esta tranquilidad inesperada, que el comandante, que se había inclinado ya sobre su mesa para escribir, levantó la cabeza, suspirando, como si despertara de una pesadilla.

Pero se quedó inmóvil, con la boca abierta y los ojos de

par en par, al ver de pronto frente a él *un rostro siniestro que le sonreía.*

¡Bibil Y se levantó de un salto.

Pero inmediatamente volvió a caer en su sillón. La siniestra figura, inclinándose sobre la mesa, le había plantado en mitad de la frente el cañón de un revólver, y ya no sonreía. Se llevó la mano al bolsillo. Estaba desarmado. Le habían robado. Todo lo *habían* previsto, y se *colocaban* entre él y la puerta. Bibi volvió a sonreír.

—¡Mucho juicio! ¡Ni un grito! ¡Fatalitas!

Dicho esto, el siniestro visitante se sentó sin que le invitaran a ello, y añadió:

—¡Caballero, yo soy un hombre honrado!

Hecha esta declaración, se interrumpió, como si reflexionara profundamente en lo que acababa de decir; tanto, que creyó deber añadir al cabo de unos instantes:

—¡O lo he sido!

Pero esta fórmula pareció sumirle de nuevo en un abismo de cogitaciones, del que salió para formular esta frase:

—O hubiese podido serlo... ¡Fatalitas!

Al comandante, al verle tan tranquilo, se le contagió su tranquilidad. Escuchó y miró. Ya había visto aquel rostro horrible; *pero no sabía cómo era.* Siempre le había mirado con repugnancia o con terror. Ahora lo contemplaba con curiosidad. La lámpara le iluminaba de lleno; no se ocultaba. La cabeza era grande y cuadrada; la boca, rasgada y de labios gruesos; la nariz, corta y fuerte; las orejas, formidables; los ojillos, redondos y de mirar extremadamente penetrante, parecían siempre al acecho bajo las cejas ásperas y pobladas; el pelo, rapado reglamentariamente, dejaba

ver las líneas del cráneo, en el cual Gall y Savater hubiesen descubierto fácilmente las protuberancias de la *afectividad*, del *valor* y de la *dignidad*, que lo mismo pueden convenir a un vagabundo que defiende a su hembra hasta morir por ella, que a un general que idolatra a su madre. Había de todo en aquella cara. Su frente, amplia y prominente, denotaba que era capaz de llevar a cabo grandes hazañas; pero las arrugas verticales situadas en el arranque de su nariz indicaban pensamientos de odio y venganza. Sabido es que los ojos redondos, pequeños y penetrantes revelan disimulo, astucia e inclinación a la malicia y a la sátira. En cambio, la nariz, roma y corta, hablaba del hombre sencillo, a quien se engaña fácilmente. El mentón era terrible; pero la boca, con sus labios carnosos, gruesos y ligeramente entreabiertos, presagiaban bondad y franqueza. Y la impresión de conjunto, prodigiosamente inquietante, que daba aquel rostro, procedía precisamente de que *no había tal impresión de conjunto.* ¡No sabía uno qué pensar de aquel rostro! Tal vez hubiese habido en él en otro tiempo una unidad que la navaja de afeitar, al despojarle de su marco natural, habría hecho desaparecer. Si Bibi hubiese tenido una barba partida y melena, hubiese parecido un apóstol algo tosco; con patillas, un criado de casa grande que acababa de asesinar a su amo.

Tal vez hubiese sido guapo. Satán, antes de su caída, fué el más hermoso de los ángeles.

Y para colmo, le gustaba reír y estar siempre sonriente. ¡Y entonces, resultaba repugnante!

—¡Fatalitas!—prosiguió—. He aquí mi enemiga. No me deja en paz. ¡Si supiera usted cómo me ha perseguido la

desgracia durante toda mi vida! ¡Parece increíble! Mis compañeros de jaula se quejan de su suerte. ¿Qué haré yo entonces? A propósito, me creen anarquista, y antes de proseguir nuestra conversación, quiero declarar que no soy anarquista, ni mucho menos. A mí, caballero, me parece muy bien constituida la sociedad tal como está. Y mi deseo ha sido siempre ocupar en ella un puesto humilde y honroso. ¡Lo malo es que nunca lo he podido conseguir! ¡Fatalitas! He leído a Kropotkín. Sus teorías no tienen pies ni cabeza, y en cuanto a Karl Marx, prefiero decirle a usted, ante todo, que lamentaré mientras viva los esfuerzos que he tenido que hacer para apropiarme lo ajeno! ¡Conque si hubiese tenido que compartirlo a la fuerza con personas desconocidas!... Soy caritativo, eso por sabido se calla; pero no hay que ponerme el puñal al pecho... ¡Se trocarían los papeles!... ¡Ni anarquista, ni colectivista!... Es preciso que se sepa de una vez. Y si usted desea saber lo que soy, se lo diré a usted, caballero: ¡soy capitalista! Vamos, ya me comprenderá usted, no deseo más que serlo. ¡Lo verdaderamente chocante es la obstinación con que se ponen de acuerdo para atormentarme los anarquistas que me defienden y los jueces que me persiguen! Yo no soy anarquista; es más, y estoy seguro de que si usted me conociese mejor, mi querido comandante, sería de mi opinión: *¡yo no tengo mala índole!*... Jamás se me ocurriría, por ejemplo, como al Fetiche, escribir un libro sobre la *Reforma de la Magistratura*. Los jueces hacen lo que pueden, y no debemos olvidar que *son hombres como nosotros*. ¡Ya sé que hay algunos que no se conducen bien! Es sensible, pero es inevitable, y, ciertamente, porque un vidriero

asesine a su suegra no vamos a decir que todos los vidrieros son unos tunantes. Mire usted, ya que hablamos de los jueces, le diré que no les guardo rencor por sus errores, porque es propio del hombre equivocarse. Y, sin embargo, mi comandante, el hombre que le está hablando a usted, inscripto en el registro del presidio con el número 3.216, *¡es inocente!*

¡Parece usted asombrado, y convengo en que hay motivos para estarlo! Pero es tan cierto como las verdades que Dios nos ha revelado, *como dice mi hermana...*

—¿Quiere usted un vaso de agua?—preguntó el comandante.

—No, gracias. Es usted demasiado amable; ¡no moleste usted a nadie por mí!...

El comandante se inclinó. ¿Qué singular y estupenda comedia representaban aquellos dos hombres? Esto era lo que se preguntaba el comandante, por lo que a Bibi concernía.

—Debe tener interés en ganar tiempo—pensaba—; y como es uno de esos criminales que *cultivan el cinismo*, trata de deslumbrarme.

En realidad, Bibi «se estaba dando pisto»; y cuando Bibi «se daba pisto», causaba horror. Había que oírle decir: «¡Soy inocente!... ¡Esto es tan cierto como las verdades que Dios nos ha revelado, *como dice mi hermana!*» Este «como dice mi hermana», tratándose de Bibi, era un reto al Universo. Continuó hablando:

—Al decir *como dice mi hermana*, no quiero dar a entender que mi hermana cree en mi inocencia, sino que cree en Dios. ¡Yo, mi comandante, no creo en Dios! Habiendo recibido desde muy niño una educación que me permite

pasarme sin Él, ni siquiera tengo la fortuna de saber exactamente a quién he de atribuir mis desdichas. ¡Ah, caballero! Lo que es como «el ser a quien llamamos Dios», que decíamos en la escuela, existiera efectivamente, créalo usted, ya le haría yo pasar más de un mal rato. Para explicar mi caso, sólo me resta hablar de una cosa que merece realmente nuestra atención; de una sola cosa, de una condenada hembra: me refiero a la fatalidad. Mi comandante, tiene usted delante a una víctima de la fatalidad. ¡Fatalitas! Yo era bueno, y soy malo. Era de corazón tierno, y soy una fiera. Amaba, y ahora odio. Mi comandante, voy a contarle a usted mi primer crimen, e inmediatamente me compadecerá usted. En mi primer crimen mi mala suerte superó a cuanto puede uno imaginar, y, sin embargo, fué muy sencillo. Verá usted:

Yo nací en Dieppe, de padres pobres, pero honrados. Mis padres servían a una antigua y respetable familia. Mi padre era el jardinero de la casa, y mi madre la portera. Vivían en un pabelloncito junto a la verja del parque. No tengo nada que ocultar. Diré los nombres. Yo me llamo Juan Mascart, y nuestros amos eran los Bourrelier, de origen plebeyo, armadores inmensamente ricos, que estaban muy disgustados, por lo demás, con aquel apellido suyo, tan vulgar. La familia se componía de monsieur y madame Bourrelier, de mademoiselle Bourrelier y de Bourrelier hijo, que «la estaba corriendo» en París. Durante el verano vivían en una magnífica posesión enclavada en Puys, a mil quinientos metros de Dieppe, todo lo más. La hija se llamaba Cecilia; pero todo el mundo le daba el dulce nombre de *Sisi*, porque todo el mundo la quería. Era imposible

verla sin amarla. Yo, que en aquella época sólo tenía quince años (ella contaba diez y siete), estaba enamoradoísimo. ¡Oh, lo más inocentemente y lo más respetuosamente del mundo, porque entonces tenía yo un corazón de oro y era lo bastante juicioso para ver cada cosa en su lugar, y el que ocupaba Sisi estaba tan por encima de mi humilde condición, que yo no me permitía ninguna esperanza ridícula! ¡La quería y nada más!

Mi única dicha consistía en mirar a Sisi. Nunca dejaba de hacerlo. Para tener ocasión de contemplarla todos los días, renuncié a mi vocación, que, según parece, era la de geómetra. Sí; mi maestro aseguraba que yo tenía mucha afición a la geometría. Y mi padre, un infeliz que no había inventado la pólvora, dijo: «Está bien; haremos de él un geómetra.» Pero para ello era preciso ponerme en un colegio en Ruán. Yo nunca lo hubiera consentido. ¡Antes morir que separarme de Sisi! Sin embargo, ya tenía yo edad de tomar un partido. Era preciso. Y un día le dije a mi padre: «Papá, ¿no sabes lo que quiero ser? ¡Carnicerol ¡Sí, me gusta ese oficio!»

Y no le dije esto por decir, porque más de una vez me había parado ante los escaparates de las carnicerías sin intención de comprar nada, sino sencillamente por verlos, por contemplarlos. Toda aquella carne sanguinolenta, tan fresca, me atraía. Envidiaba a uno de mis amiguitos que estaba en una carnicería y podía manosearla a todas horas.

Algunas veces me llevaba al matadero y daba gusto verle degollar la ternera de un solo tajo, dado con el cuchillo que llamaba «sangrador». Sentía estremecimien-

tos que no me desagradaban cuando mi amigo manejaba aquel enorme cuchillo, que era como dos veces una cuchilla de cortar carne, y cuando me explicaba cómo descuartizaba la res y cómo es necesario evitar el «movimiento de vaivén», es decir, el dar dos tajos en el mismo sitio, como haría un profano, porque entonces queda la carne llena de cortes y tiene muy mala vista. Después me enseñaba a «adornar» la piel del vientre de la ternera con la puntilla, y yo, tan aficionado a la geometría, hubiera querido dibujar lo mismo que él círculos, cuadrados y losanges; también dibujaba corazones, flechas y flores. ¡Para que luego digan que los carniceros son materialistas! Porque, después de todo, nadie les obliga a dibujar flores en la piel de la ternera; ¿no es verdad?

Así me fuí aficionando a este oficio, tranquilo y honrado, y en el que, en general, se obtienen pingües beneficios. Mi padre no se opuso a que siguiese esta carrera, y hasta se alegró mucho cuando le dije que iba a entrar de dependiente en una carnicería del Pollet (barrio de Dieppe próximo a Puys), en la que precisamente se surtían los Bourelrier.

Me dí muy buena maña para arreglar las cosas a mi gusto. Sabía que yo sería el encargado de llevar la carne a Puys, y tenía, por tanto, la seguridad de ver a Sisi todos los días, porque su madre había hecho de ella una excelente ama de casa, y ella era la que generalmente recibía a los proveedores. Así sucedió, y le ruego a usted que crea que no le robaba. Me las componía de tal manera, que siempre le llevaba los bocados mejores, y no hubiera sido yo quien hubiese tratado de endosarle babilla por solomillo, ni con-

tratapa por cadera. Además, cuando le llevaba ternera, tenía buen cuidado de *dibujarla yo mismo*, y le aseguro a usted que ni el propio Bougreau con su pincel hubiese pintado cosas más lindas que las que dibujaba yo con mi puntilla.

Le doy a usted todos estos detalles, porque he querido extenderme un poco sobre la época más feliz de mi existencia. Aún me estoy viendo con mi delantal, bien limpio, recogido cuidadosamente y sujeto por un pico a la cintura, con el cuchillo al cinto y la carne en el cesto, correr en mi bicicleta a casa de Sisi. Dejaba mi bicicleta a la puerta del pabellón habitado por mis padres, y después de abrazar a mi madre y a mi linda hermana, que en aquella época se llamaba Jacoba, como una muchacha cualquiera, recorría, con el corazón palpitante, los senderos del parque. Si a veces me detenía, conteniendo la respiración, jadeante, era porque había oído los pasitos de hada de Sisi. ¡Qué bella era, mi comandante! ¡Qué gentileza la suya! ¡Qué modestial!

Y, además, era tan fresca como una manzana y tan alegre como una alondra en un hermoso día de sol. ¡Verla era todo lo que yo pedía! ¡Morir por ella, todo lo que deseaba! ¡Y nadie conocerá jamás el secreto de mi corazón! Vea usted, caballero: ¡aún tiembla mi voz cuando recuerdo aquellos instantes divinos! Tenía una manera de preguntarme: «Y qué, Juan, ¿está bien «adobada» la carne?» ¡Que si estaba bien *adobada!*... Yo me ponía como la grana, ella lo notaba, y me decía sonriendo: «¡Que siempre has de ser bobalicón, hijo mío!...» Y con sus lindos dedos perfumados cogía ella misma la carne, ¡ella misma! ¡Oh!

Y ahora, caballero, verá usted cómo cometí el crimen y

cómo fuí preso y condenado. Verá usted. ¡Yo cometí el crimen, es verdad, pero era inocente! A pesar de los años transcurridos, aún no he podido explicarme cómo sucedió aquello. Debo decir a usted, ante todo, que el padre de Sisi, el armador millonario, era un viejo repugnante. Le gustaba mi hermana, la pobre Jacoba, una niña pura como la oración de la inocencia y seguramente la más virtuosa de la provincia. Las madres la ponían por ejemplo a sus hijas, y el cura la hubiese premiado de buena gana con la corona de rosas, si aún hubiese existido aquella costumbre de otros tiempos.

Nada tengo que callar de esta lúgubre historia, conocida de todos en Dieppe, en donde mi hermana ha vivido hasta hace poco, rodeada del respeto de todos y del cariño de las religiosas del hospital, que con tanta alegría la recibieron.

¿Por medio de qué estratagema consiguió ese bandido de Bourrelier engañar a Jacoba? Yo siempre he creído a la pobre criatura cuando afirmaba que Bourrelier la había dormido después de haberla llevado un domingo, al salir de vísperas, a sus oficinas, entonces desiertas, de Dieppe. El resultado fué que mi hermana estuvo a punto de morir, y que, a propósito de lo sucedido, tuvieron una explicación terrible mi padre y Bourrelier, el cual, como era natural, nos plantó a todos en la calle. También me despidieron de la carnicería, que quería conservar su parroquia. Pero yo me coloqué en otra parte, y mi hermana se marchó al convento.

Sin embargo, yo seguía viendo a Sisi, porque en mi nueva casa llevaba la carne a Puys al castillo de las «Rocas

Blancas», habitado durante el verano por el marqués del Touchet y su familia. La marquesa era una dama buenísima, que siempre salía con Reina, su señora de compañía. Aún viven las dos; lo sé porque, como usted comprenderá, mientras no me corten la cabeza, *no dejarán de preocuparme todas estas cosas*, aunque hace ya quince años que todo pasó.

El marqués tenía un hijo, el conde Máximo, un muchacho que «la corría» en París con el hijo de Bourrelier. Ambos pasaban el verano con sus familias, y a veces se traían consigo un amigo que se hospedaba en casa de los Bourrelier. Este amigo se llamaba Jorge de Pont-Marie, y era vizconde. Los muchachos seguían viéndose en Puys, y entre los del castillo y los de la *villa* se entablaron relaciones muy íntimas. Sisi iba muchas veces al castillo con su madre, y gracias a esto podía yo contemplarla a mi gusto.

La encontraba desconocida. Estaba tan triste, que me daba pena verla, hasta cuando pensaba que tal vez fuese la espantosa aventura de mi hermana, a quien quería mucho, el origen de esta tristeza. Los tres muchachos trataban inútilmente de distraerla. Su mismo padre, el infame Bourrelier, no conseguía disipar su melancolía ni aun con amenazas.

Un día le oí reñirla con bastante dureza. Me alejé inmediatamente, porque comprendí que si me quedaba tal vez no me hubiera sido posible contenerme. Por lo demás, procuraba no encontrarme nunca con Bourrelier, porque podía ocurrir una desgracia, y esto era lo que yo quería evitar a toda costa, llevado de mi amor hacia su hija. Ahora bien; al cabo de algún tiempo supe cuál era la causa de aquellas

escenas: ¡Bourrelier quería tener una hija condesa... y marquesa con el tiempo!... ¡Sí; quería casarla, contra su voluntad, con Máximo del Touchet!

El marqués del Touchet estaba, como puede comprenderse, de acuerdo con él, porque se había quedado sin un cuarto, y el castillo y lo poco que conservaban los Touchet de sus magníficas posesiones normandas lo tenía hipotecado en más de lo que valía. ¡En bonitos tratos andaban los que rodeaban a la pobre Sisil! Yo estaba indignado; tanto más, cuanto que sabía que la pobre niña había esperado siempre casarse con uno de sus primos, Marcelo Garavau, que acababa de embarcarse para hacer su primer viaje.

Durante dos semanas vi a Sisi todos los días, y todos los días la vi llorando. Me ponía malo el verla así. Sisi había declarado a su padre que prefería morirse a casarse con Máximo del Touchet; y todo el pueblo lo sabía; y todo el pueblo la compadecía, porque conocía a Bourrelier y sabía también que no cedería nunca.

Ahora bien; una noche, a mediados de Setiembre, volvía yo de las Rocas Blancas en mi bicicleta, cuando de pronto vi en lo alto del acantilado dos hombres luchando. Estaban abrazados, y hacían tales movimientos, que no comprendía cómo no se habían caído ya al mar. Dejé mi bicicleta, porque tenía que correr a campo traviesa, y entonces oí claramente una voz ahogada que decía:

—¡Socorro...! ¡Socorro...! ¡Al asesino...!

Y reconocí aquella voz.

Era la de Bourrelier.

A pesar de que la noche estaba bastante oscura, pude darme cuenta inmediatamente de la situación. Bourrelier

volvía la espalda al mar y le faltaba muy poco para llegar al borde del acantilado; el otro, que había conseguido desasirse, le empujaba, agarrándose con una mano a un poste telegráfico. De modo que estaba de espaldas a mí y no le podía ver la cara.

No había que vacilar; dí un salto y cogí a aquel hombre por la cintura, gritándole: «¡Suéltale, asesino!» Me respondió, sin volverse, con un puntapié terrible en una pantorrilla. Lancé un grito de dolor, y cogiendo el cuchillo que llevaba aquella noche al cinto, le asesté una cuchillada espantosa en la espalda. Debo advertir a usted que regresaba del matadero y que llevaba el «sangrador» para que me lo afilaran en el Pollet. ¡Figúrese usted la cuchillada que daría yo con aquel cuchillo!

Lo horrible fué que en aquel mismo momento, Bourrelier, que había conseguido coger a su enemigo por la cintura, le hizo dar media vuelta, empujándole hacia el acantilado y obligándole a soltar el poste telegráfico, de tal suerte... de tal suerte, fíjese usted bien, que era Bourrelier quien me volvía la espalda en aquel momento, y en la espalda de Bourrelier se hundió mi cuchillo como en una pella de manteca.

Ni siquiera dijo ¡ay! Se desplomó a mis pies, muerto.

*¡Había matado a aquel a quien quería salvar!*

¿Qué dice usted a esto? ¿No fué una desgracia? ¿Mentía yo al afirmar que me persigue la fatalidad? ¿Exageraba?

¡Había matado al padre de Sisil! Huí como un loco hacia Dieppe, en tanto que el otro huía también como un loco hacia Puys. El cadáver quedó en el acantilado con el cuchillo clavado en la espalda.

Antes de llegar a lo alto de la cuesta del Pollet, reflexioné que si no le quitaba el cuchillo de la espalda acabarían por saber que era yo quien le había matado; entonces volví; pero ya no encontré el cadáver. ¡Había desaparecido! ¿Le habría descubierto algún transeunte? ¿Habría dado ya la voz de alarma? No podía creerlo, porque hubiese habido gente en el acantilado y mucho movimiento por la carretera de Puys.

Entonces, ¿qué era aquello? Sin duda, había vuelto el otro y había arrojado el cadáver a la playa; pero ¿qué había hecho del cuchillo? ¿No veía por ninguna parte el cuchillo ni el cadáver! ¡Mi situación era espantosa!

No tenía más que una esperanza: la de hallar al hombre a quien sorprendiera luchando con Bourrelier. Y bajé hacia Puys evitando los encuentros, saliéndome del camino y escondiéndome detrás de los setos cada vez que se acercaba alguien.

Sólo una cosa me había llamado la atención en aquel hombre: su amplio sombrero gris. Este sombrero lo llevaba encasquetado hasta las cejas, y el ala caída hacia los ojos. Además, las peripecias de la lucha y la oscuridad de la noche me habían impedido ver otra cosa. No hubiese podido reconocerle más que por su sombrero, y, tal vez, por su estatura. Era alto, esbelto, y al huir me había demostrado que era muy ágil.

Estuve rondando por las cercanías del hotel, de las posadas y de las *villas* durante gran parte de la noche, espionando las contadas sombras que pasaban por delante de mí. Al fin regresé a Dieppe en un estado de desesperación bien comprensible; pero no me atreví a volver a la

carnicería ni a mi casa. Pasé la noche en el campo, en los alrededores de la estación. El día siguiente, muy temprano, me encaminé al Pollet. Ante la tienda de mi amo había mucha gente, y en la puerta vi dos agentes. Tomé en seguida el olivo y fui a refugiarme, camino de Biville, en una cueva del acantilado, que en otro tiempo sirviera de asilo a Jorge Cadoudal. ¡Era un valiente! ¡Llor a su memoria! Allí permanecí todo el día, persuadido de que me estaban buscando, y desgraciadamente era verdad.

Por la noche salí de mi escondite, porque tenía un hambre devoradora. En una tienda de Biville conseguí birlar un pedazo de queso de *gruyère* que estaba sobre el mostrador, envuelto en un periódico. ¡La casualidad me había convertido en asesino; las condiciones de mi nueva vida me convertían en ladrón! ¡Era todo un hombre y aún no había cumplido diez y seis años!

¡Bonito principio!; pero aguarde usted, aún no he concluído. ¡He dejado lo mejor para lo último!

El periódico en que estaba envuelto el queso era un diario de Dieppe, de aquel mismo día. Cuando acabé de comer, lo leí escondido detrás del cobertizo de una mísera granja aislada adonde me llegué con la esperanza de encontrar algo con que saciar mi hambre, que el queso no había aplacado ni mucho menos. Una luz oscilante me reveló el título de un artículo que recordaré toda mi vida: ¡HORRIBLE VENGANZA DE UN CHIQUILLO DE QUINCE AÑOS! Sabía a qué atenerme. Se trataba de mí. ¡Pero, cómo!

¡Era muy sencillito! La víspera, por la noche, en vano esperaron en la *villa* a Bourrelier para cenar. Como se hacía tarde, madame Bourrelier, alarmada, envió a su hijo Ro-

berto a preguntar lo que sucedía. Este se dirigió a las Rocas Blancas, en donde el marqués, estupefacto, le dijo que a la hora de comer, Bourrelier se había marchado para volverse a su casa por el camino del acantilado. Luego, el marqués, su hijo Máximo, su amigo Jorge de Pont-Marie y el hijo de Bourrelier, recelando un accidente, corrieron al acantilado, y allí encontraron un mandil de carnicero; pero no vieron a Bourrelier.

Volvieron con faroles, y al fin descubrieron en la arena y en la hierba las huellas de una lucha. Persuadidos de que Bourrelier había sido despeñado desde lo alto del acantilado, tornaron al pueblo y regresaron por la playa, lo que les fué fácil, puesto que, precisamente, estaba bajando la marea. Y no tardaron mucho en encontrar el cuerpo del armador.

No le llevaron a su casa hasta que el marqués, que se había adelantado, anunció la espantosa desgracia a la familia. Puede usted figurarse la desesperación de la esposa y de la pobre Sisi. La hija se puso mala en seguida y fué preciso llevarla a su cuarto. Entretanto, telefonaron a Dieppe. El comisario de policía acudió con el secretario. Pronto quedaron terminadas las diligencias. Una cuchillada en la espalda, un mandil de carnicero... Aquella misma noche fué reconocido mi mandil por mi amo. Además, la marquesa recordaba haberme visto salir de las Rocas Blancas pocos minutos después que Bourrelier, y afirmaba que había tomado el mismo camino.

Para todos estaba aquello más claro que el agua. Yo había querido vengar a mi hermana, con la que el armador se había portado mal (éstas eran las palabras emplea-

das por el periódico). Además, me había aprovechado personalmente de la venganza, puesto que había despojado el cadáver de aquel a quien había asesinado. En efecto; no habían encontrado en los bolsillos de Bourrelier su cartera, que, a lo que parece, contenía aquella noche varios billetes de mil francos. ¡Yo era rico!

¡Lo que me maravillaba era que todavía no hubiesen encontrado el cuchillo! ¡Ah; pero sabían cómo eral! ¡Hacían su descripción en el extraordinario publicado por el periódico a las diez de la mañana! ¿Cómo a las diez de la mañana no habían hallado aún el cuchillo con el que se hacían tan espantosas heridas *de un solo golpe*? El periódico describía también la herida: decía que aquella cuchillada sólo podía haberla dado un hombre ducho en el oficio: ¡un carnicero!

Ahora bien; aquel famoso cuchillo debía encontrarlo yo mismo aquella noche, y en circunstancias nada comunes, se lo aseguro a usted.

Doblé el periódico, cuyo artículo terminaba anunciando mi próxima prisión, y me volví a mi escondite, bastante triste, considerándome perdido para siempre. ¿Qué podía hacer, en efecto?; ¿qué podía decir para probar mi inocencia? ¿Contar lo del hombre del sombrero gris? ¡El juez se hubiera encogido de hombros, y nadie me hubiese creído! ¡Nada podía yo decir ni hacer hasta que no condujese por mí mismo a la presencia del juez al hombre del sombrero gris!

¡Esa era mi idea fija! ¡Mi idea fija! ¡Era preciso encontrarle! Me parecía que su tipo no me era completamente desconocido, y que durante el verano había visto algunas

veces aquella silueta en el mismo Puys. ¡Era necesario no desesperar, volver a Puys todas las tardes, todas las noches, y espiar a todos los que pasaran!

Tenía aún en mi poder mi bicicleta. La saqué de mi escondite, y a Puys! Cuando sentía pasos o veía una luz, me salía del camino y me tumbaba en el suelo. Ahora bien; aquella noche desesperaba ya de encontrar lo que buscaba, y después de haber recorrido de tapadillo todo el pueblo, me dejé caer en el suelo, en el acantilado, cuando pasó por delante de mí un hombre. ¡El que yo buscaba!

¡Ah, imposible equivocarme! ¡Era él, efectivamente.....! Hágame usted el obsequio de creer que mi corazón palpitaba. Al pronto no me moví. Le observaba. ¿Qué iría a hacer a la playa a tales horas? ¡Eran ya las dos de la madrugada! Le vi dirigirse hacia una escalerilla muy angosta labrada en el mismo acantilado, que conducía al jardín del castillo de las Rocas Blancas, cuya ingente silueta alzábase ante mí, dominando el mar.

¡No quise alarmar a aquel hombre! ¡No quería verle desaparecer como la noche anterior!, y le seguí gateando. Mientras subía la escalera, me quedé abajo y esperé a que estuviese arriba, para subir a mi vez. De cuando en cuando se detenía y miraba a su alrededor, poniéndose a escuchar el menor ruido. Le juro a usted que yo no hacía ninguno. Al fin, se metió la mano en el bolsillo, sacó una llave y abrió la puertecilla que daba al jardín de las Rocas Blancas.

Luego empujó la puerta, dejándola ligeramente entreabierta. La luna iluminaba perfectamente la escena. Por lo demás, sólo era posible ver a nuestro hombre desde una parte reducida de la playa, a causa del recodo que en

aquel sitio hacía el acantilado, y como precisamente por aquella parte no había visto a nadie, podía creer que había pasado inadvertido.

Subí a mi vez la escalera. Al llegar arriba, empujé la puerta y entré en el jardín. Todo estaba tranquilo en el castillo. Todo parecía dormir. Ni una luz en las ventanas. ¿Por dónde había desaparecido mi hombre? Para que no se me escapase, cerré cuidadosamente la puerta con cerrojo. Y me escondí en una calle de árboles cercana, dispuesto a arrojarme sobre él y a pedir auxilio cuando volviese, porque no cabía la menor duda de que pasaría otra vez por allí. Yo no sabía lo que iba a hacer al castillo; pero aquella puerta que mi hombre dejara entreabierta, me decía que se proponía salir por donde había entrado.

¡En lo que tardase en descender el cerrojo, me plantaría yo a su lado! ¡Y ya veríamos! ¡Yo era muy fuerte y no le temía! Así transcurrió cerca de un cuarto de hora.

Nadie parecía haberse movido en la casa, cuando de repente oí una exclamación ahogada, como un grito de espanto y de dolor, y luego, el golpe de un cuerpo al caer pesadamente en el suelo. Eché a correr. En el piso bajo del castillo había una ventana abierta. Un hombre se asomó precipitadamente a aquella ventana, como si se dispusiese a saltar al jardín. ¡Era él! ¡Era el hombre del sombrero gris!

Me abalancé a él, y me encontré en una habitación completamente a oscuras.

En aquel momento abrióse una puerta, y alguien gritó: —¿Quién anda ahí? ¡No hagas un movimiento, o eres hombre muerto!

Al mismo tiempo proyectaron hacia mí el haz de luz de un farol, y vi a un hombrecillo en camisa, que me amenazaba con su revólver. Yo le dije: «¡No me matel ¡No me moveré! ¡En la casa hay un hombre!...»

—¡Ya lo estoy viendo!—me respondió.

Y en seguida empezó a armar un escándalo de mil demonios y a pedir socorro.

Acude una porción de gente en camisa; traen luces, me reconocen y gritan: ¡Es Bibil!... (En todas partes se me conocía ya por el mote que me había puesto mi hermana). ¡Es Bibil! ¡Ya es nuestro!

Alguien dijo:

—¡Habrá venido a hacer alguna de las suyas!

¡Y de repente, se oyeron unos gritos; pero qué gritos!

Acababan de encontrar tendido en el suelo, ante su caja de caudales y bañado en sangre, al marqués del Touchet.

Estaba muerto, y tenía un enorme cuchillo clavado en la espalda. Reconocí aquel cuchillo: *¡era el mío!*

Bueno, mi comandante, ¿qué dice a esto? De primera, ¿eh? ¿Ha visto usted alguna vez suerte más perra? ¡Si la ha visto, dígalos! ¡No! ¿No es verdad que nunca ha visto usted una igual? *¡Fatalitas!* Como ve usted, yo no soy una víctima de Kropotkín ni de Tosloti; no soy una víctima de la anarquía, de las malas lecturas, etc., etc.; tampoco soy una víctima de los malos instintos. Ante todo, le diré mi opinión: ¡eso de los malos instintos es una filfa...! ¡Para mí es otra filfa eso de las circunvoluciones del cerebro, de que habla el Kanak! ¡Nacemos con la protuberancia tal o la protuberancia cual...! ¡Con la inclinación a esto o a lo de más

allá...! En la infancia, fijese bien en lo que le digo, los instintos y las circunvoluciones cerebrales *son cualquiera cosa!* ¡La fuerza que no desea más que ser empleada, y se acabó! Ahí tiene usted mi teoría. No es complicada. Sólo que a esta fuerza se la encauza por donde se quiere, caramba, eso es indudable!.. Pero ¿quién empuña la palanca...? ¡Eso es lo que hay que averiguar! ¡Eso es lo que hay que ver! El que la mueve es el verdadero responsable. Unas veces son los padres; otras, la sociedad. ¡El niño, nunca!... ¡El pobre pequeño no piensa más que en caminar, sea como sea! Pues bien; ¿quién movió en este caso mío la palanca?; no fueron mis padres ni la sociedad. ¡Fué la fatalidad, sencillamente! ¡Salta a la vista! ¡La estoy viendo! ¡Toda mi vida la he estado viendo! Ella me señalaba el camino. Cuando por casualidad no la veía, me empujaba por detrás. *¡Fatalitas!* ¡Ah, la muy...!

¡Supongo que me habrá usted comprendido! ¿Sí? ¡Tanto mejor; eso prueba que es usted inteligente!

Como iba diciendo, *¡aquel cuchillo era el mío!*... ¡Figúrese usted cómo se echarían todos encima de mí y cómo me tratarían!... ¡Bueno me dejaron!... Por más que dije que había entrado persiguiendo a un hombre tocado con un sombrero gris, no me creyeron; tanto más, cuanto que habiendo registrado la casa para ver si yo tenía un cómplice, no encontraron a nadie. Dos meses después comparecí ante el Tribunal, y como era demasiado joven para la guillotina, me enviaron a Cayena para completar mi educación.

¡Todo me era igual, puesto que ya no debía volver a ver a Sisi! ¿Qué fué de ella? Lo supe con toda clase de detalles,

después de mi evasión y a mi regreso a Francia. Tres días después de la muerte de su padre, y por consiguiente a los dos de la del marqués, Sisi mandó llamar a Máximo del Touchet. El joven había perdido mucho al perder a Bourrelièr. El hombre que había asesinado al armador había deshecho su matrimonio. Sabía que Sisi sólo se casaría con él a la fuerza. ¡Y aun así...! Ya le había dicho que no accedería jamás a las súplicas de su padre. Así, pues, cuál no sería el estupor del joven cuando, inmediatamente después del entierro de Bourrelièr, en el despacho de Bourrelièr y ante el retrato de Bourrelièr, Sisi le tendió la mano, diciendo: «Señor del Touchet, le considero a usted mi prometido. Empeño mi palabra. Una desgracia horrible nos aflige a los dos; casándome con usted, cumplo la última voluntad de mi padre.» Dicho esto, le saludó, dejándole perplejo. Aquel joven *snob*, como se dice ahora, no podía eomprender cómo una muchacha que se rebelaba contra la voluntad de su padre, en vida de éste, la acataba después de muerto. El pensamiento del sacrificio de aquel corazón juvenil ante la tumba paterna sobrepujaba hasta tal punto a su comprensión, que ni siquiera podía cruzarle por la mente, y si le hubiesen dicho que Bourrelièr, el mismo día de su muerte, había amenazado con su maldición a la hija desobediente, ni aun esto hubiese sido suficiente para explicarle la conducta de Sisi. Para él la maldición paternal debía ser una de esas fórmulas vanas heredadas de una literatura algo cursi que ya no estaba de moda. Aceptó, pues, su dicha, sin comprenderla, y terminado el luto hicieron su correspondiente visita al alcalde y al párroco, sin olvidar al notario, como es natural.

—¡Qué bien se expresa usted!—observó el comandante, que no tenía ningún reparo en interrumpir al orador, porque quería demostrarle, de cuando en cuando, que atendía a la conversación. (En realidad, mientras escuchaba aquel interesante relato, no cesaba Barrachón de preguntarse: ¿Cómo me las arreglaré yo para apoderarme de Bibi sin salir muy malparado?)

Bibi continuó:

—Más de una vez me ha chocado, lo mismo que a usted, la corrección y la pureza que en ciertos instantes revela mi lenguaje; pero prescindiendo de mis numerosas lecturas en los ratos de ocio del presidio, no he encontrado más explicación que la siguiente: que en esos instantes a que me refiero, mis pensamientos están consagrados por entero a Sisi, y sólo pueden traducirse noblemente por la sencilla razón de que Sisi ha ennoblecido siempre cuanto con ella se relaciona. Sin embargo, tenemos que exceptuar a ese odioso Máximo del Touchet, que ha pasado junto a la Perfección personificada, sin advertirlo siquiera. Estaba demasiado ocupado en darle aire al dinero. La fortuna que adquirió al casarse no le dejaba tiempo de dirigir una mirada a Sisi, a la que abandonó casi por completo, después de haberla hecho madre. Hizo construir un *yacht* magnífico, en el cual paseaba, durante las vacaciones, a sus amigos y a sus amigas. Y empezaron las excursiones estrafalarias, los viajes escandalosos, en tanto que la pobre criatura lloraba en el castillo.

Bibi se detuvo, lanzó un profundo suspiro y prosiguió:

—Aquí acaba esta historia. Mi primer pensamiento al volver a Francia después de mi evasión del presidio fué,

como es natural, ver a Sisi. Me dirigí a Dieppe; pero perseguido siempre por mi mala suerte, aún no había llegado a Saint-Valery en Caux, cuando supe que Sisi, aprovechando la ausencia de su marido, se había ido con su hijo a viajar por Inglaterra, para que el niño se perfeccionara en el conocimiento de un idioma cuyo estudio nunca se recomendará bastante a la juventud. Si yo hubiese sabido el inglés cuando me escapé del penal, no me hubieran vuelto a *trincar*; pero no lo sabía. ¡Fatalitas!

Y ahora, tenga usted un poco de paciencia y sabrá por qué me he creído en el deber de imponerle el tormento de esta interminable confesión. La fatalidad no ha cesado de perseguirme. Deseoso de volver a la vida honrada y pacífica, porque aún era muy joven y no estaba contaminado, ni mucho menos, por la atmósfera del presidio, gracias al recuerdo de Sisi, que no me había abandonado un momento, sentía una vivísima inclinación hacia el bien, créalo usted. Después de haber realizado verdaderos prodigios al margen de la sociedad en el arte del escamoteo inocente y de la estafa que a nadie perjudica—porque cueste lo que cueste hay que vivir, ¿no es verdad?, es una ley de la Naturaleza—, tuve la fortuna de entrever el puerto de salvación. ¡Iba a vivir tranquilo!... ¡Iba a ser honrado como todo el mundo! Entré en calidad de ordenanza en casa de un banquero archimillonario.

Pues bien; ¿lo creará usted, caballero? Había ido a parar a casa de un anarquista. Sí; mi amo sólo se trataba con anarquistas, a los que sentaba a su mesa todos los días. No leía más que periódicos anarquistas, que él subvencionaba, y sin duda se creía ya en paz con la sociedad, por-

que no era generoso con sus criados, ni mucho menos. Él me hizo leer a Kropotkin; fué su aguinaldo de Año nuevo... Me indignó. Aquel gordinflón (hablo de mi amo) guardaba todos sus millones para sí, y quería persuadir a los demás de que no tenían derecho a poseer absolutamente nada. Aquello era repugnante, palabra de honor, y le presenté mi dimisión. ¡Ah, no lo pensé mucho!

Ahora bien; la fatalidad, que no descansaba, quiso que la casa de banca fuese desvalijada, al día siguiente de despedirme yo, por unos mozos de pelo en pecho, que no estaban conformes con las teorías literarias de mi amo, y que asesinaron sin ningún escrúpulo a los infelices empleados encargados de la custodia de la caja. En cuanto comenzaron las diligencias judiciales, el amo habló de mí. Me había marchado muy a punto para no saber lo que iba a suceder. De esto a imaginar que yo no había entrado en la casa más que para dar a mis cómplices las indicaciones necesarias, no hay más que un paso. Antes de darlo, quisieron saber exactamente quién era yo. Y tal vez no lo hubiesen logrado, a no ser por un tal Costand. ¿Quién era Costand? Querido comandante, ¿ha leído usted *Los Miserables*? Sí, los ha leído usted. Pues bien; Costand es Javert. Sencillamente. Costand me conoció en Dieppe, cuando ocurrió lo que convinieron en llamar mi primer crimen. Entonces era secretario del comisario de policía. ¡Ahora es inspector de seguridad! Desde mi evasión del presidio y mi regreso a Francia, no había cesado de perseguirme. Él y la fatalidad se daban la mano. Un día de Enero, brumoso y frío, los encontré a ambos en una administración de diligencias, y ya iban a echarme mano, cuando recordé

muy a tiempo que llevaba un cortaplumas, con el cual hice una caricia a Costand. Costand no necesitó más, y se desmayó en los brazos de su compañera. No murió, y no le guardo rencor por ello. Pero buscando al ordenanza de la casa saqueada, Costand encontró a Bibi. ¡Desde aquel instante se dió por seguro que era Bibi el autor de la fechoría, y ya no se habló más que de la cuadrilla de Bibi! Tuve que esconderme en mi madriguera como un conejo. Ahora bien; nunca cometí tantos crímenes como durante aquella temporada en que permanecí prudentemente en mi escondite, sin mover pie ni pata. La condenada cuadrilla de Bibi hacía de las suyas. Robaba automóviles, desvalijaba a los cobradores, aterraba al vecindario, en fin, hacía maravillas que me cubrían de gloria. A veces, cuando el vocear de los vendedores de periódicos traía hasta mí el eco del último crimen de Bibi, me daban ganas de salir de mi guardilla y de gritarles: «¡Basta, basta; ya no puedo más!» Es preciso concluir, mi comandante, y pasaré por alto ciertos detalles sin importancia, como, por ejemplo, mis encarcelamientos y mis evasiones, para llegar a lo de *la criadita*. ¡Ya sabe usted, Margarita Berger, esa muchacha a la que corté en no sé cuántos pedazos!

—¡En diez y siete!—murmuró el comandante.

—¡Hombre! ¡Yo creía que sólo habían sido diez y seis! Después de todo, puede que tenga usted razón.

—¡Y hasta sé que quedó usted tan impresionado al cortar el décimoséptimo, que tuvo usted que tomar un baño de pies con mostaza!—añadió Barrachón, cada vez más tranquilo y dueño de sí, porque, bien calculado todo, veía que era imposible que aquel miserable se le escapase. En

el momento en que Bibi se despediese y *abriera la puerta*, se arrojaría sobre él, *sucediese lo que sucediese*, y gritaría al centinela, cuyos pasos oía en el corredor, que disparase, aunque él fuese el primero en sucumbir. ¡Y ahora—pensaba—, habla, amiguito, te escucho!

—¡Ah, ah! ¡Un baño de pies con mostaza!—replicó Bibi—. ¡No se le ha olvidado a usted! ¡Y ha creído usted seguramente que era una broma de mal gusto! ¡Pues bien, no; es la verdad! ¡Pobre criadita! ¡Pobre niña! ¡Fué después de mi última evasión! Me hallaba sin recursos, y vagaba melancólicamente por los alrededores del matadero de Villette, diciéndome que si alguna vez conseguía rehabilitarme, sería trabajando como carnicero, mi oficio predilecto, mi verdadera profesión de hombre honrado. Yo había robado una blusa de obrero que llevaba puesta, y trataba de entablar conversación con la gente del oficio que salía ya del trabajo. Pasó un compañero que llevaba una criadita del brazo. Disputaba con ella tan groseramente, que tuve que intervenir y rogarle que se comportase mejor con el sexo débil, para honra de la corporación. Dije esto con amabilidad, sin mala intención. El otro quiso administrarme una bofetada. Fué él quien la recibió; y la criadita, que temía recibir una a su vez, me rogó que la acompañase a su casa. Según me dijo, se llamaba Margarita Berger, y vivía en la *avenida de Saint-Ouen*. Estaba lejos; pero yo soy un hombre galante. Ya en su casa, como le tenía tanto miedo a su novio, me suplicó amablemente que no me separase de ella hasta que amaneciese. Me marché inmediatamente, pensando que había hecho bastante en favor de la inocencia y que no me convenía permanecer más tiempo

en aquellos lugares cuya topografía no había tenido tiempo de estudiar. El día siguiente encontraban a Margarita Berger en su casa, descuartizada en diez y siete pedazos. Pues bien; ¡yo no tenía nada que ver con aquello! ¡Al despedirme de ella la víspera por la noche, la había dejado intacta! Indudablemente, fué su amigo el carnicero quien la puso en aquel estado, después de una violenta escena de celos. Como es natural, Costand acudió inmediatamente, y al ver los diez y siete pedazos, exclamó: «¡Esto es cosa de Bibi!» El portero, que me había visto subir la tarde anterior del brazo de la criadita, dió mis señas; ¡y no hizo falta más! Siempre me enteraba yo de mis asesinatos por los periódicos. ¡Esta vez me sucedió lo mismo, y faltó poco para que me diese una congestión! ¡Y ahí tiene usted por qué tomé un baño de pies con mostaza! ¡La cosa no tiene malicia! Y entonces, caballero, fué cuando, cansado de la vida y reflexionando que decididamente no me esperaba nada bueno en este mundo, fuí a ponerme dócilmente al alcance de la mano de Costand, que me detuvo, ¡y al que concedieron la cruz de la Legión de Honor!

Entretanto, los anarquistas me ponían por las nubes y averiguaban que yo había abierto la sepultura de una marquesa para birlarle sus *tumbagas* y dar de comer con ellas a una numerosa familia que se moría de hambre, y otras mil cosas más que me honraban mucho, palabra. ¡Pero eso era lo que yo quería! Y ni siquiera negaba al ver lo que con todo aquello gozaba el fiscal, y le preguntaba si quería más.—¿Quieres más? ¡Pues toma! Sólo deseaba una cosa: acabar cuanto antes. Y para que vea usted si tengo mala suerte: ¡el Tribunal admitió la existencia de circuns-

tancias atenuantes! Los jurados se acoquinaron, y en vez de cortarme la *chinostra*, me reservaron una celda en presidio. ¡Yo volver a Cayena! ¡Es lo que me enfureció! *Juré que no volvería a poner más los pies en Cayena; ¿me entiende usted, mi comandante?* ¡Si no me entiende usted, se armará un buen jollín! Y ni mi misma hermana, que ha emprendido este viaje para catequizarme, *ni mi misma hermana podrá impedirlo!* ¡Ya lo sabe usted; tal vez haya sido un poco largo mi discurso; pero *creo haber demostrado que yo era un hombre honrado*; un hombre honrado, con muy mala estrella! ¡Ahora estoy dispuesto a convertirme en un tigre; pero no en un tigre de feria, no; sino en una verdadera fiera, capaz de devorar a todos!... ¡Hay aquí más de ochocientos hombres que me obedecerán como corderos! Ustedes son menos de la mitad. ¡En un santiamén daremos cuenta de ustedes! ¡Tenemos armas! *¡Tenemos armas!* En fin; tenga usted la seguridad de que sólo esperan una señal de Bibi para entrar en danza. Y ya hubiese empezado el jaleo, de no haber entrevisto yo un pico de la toca de mi hermana. Y tuve un buen pensamiento. Volví a sentir compasión hacia mis semejantes, y he aquí lo que vengo a proponerle a usted: Caballero, la sociedad ha hecho mal en rechazarme. *¡Sin mí, jamás estará completa!* (formidable carcajada de Bibi). Pero yo tengo mi orgullo—añadió ya en serio—, y ahora soy yo el que no quiere nada con ella. De modo que puede usted estar tranquilo. Con la mano sobre el corazón le prometo a usted no volver a molestar a mis conciudadanos. ¿Qué es lo que pido? ¡No estamos lejos de África; media vuelta a la rueda del timón, y nos acercamos a la costa! Un bote al agua, y héteme en un país completa-

mente desconocido. Dirán, una vez más, que Bibi se ha escapado, y usted no quedará deshonrado por ello. Y yo, caballero, *podré rehacer mi vida entre los salvajes*. ¿Le conviene el programa? ¿Qué pierde usted? Un poco de carne salada y de galleta; un barril de aguardiente (es preciso contar con algo para levantar las fuerzas cuando se cree uno abandonado), y otro barril de agua. ¡Si le conviene, dígalo! ¡Ya no tendrá usted que temer nada de Bibi! ¡Ni usted ni nadie! Una vez fuera del buque Bibi, se restablecerá el orden, porque no *pueden* hacer nada sin mí! ¡Si vacila usted, tenga cuidado! ¡No soy malo; pero he probado hace poco, en la despensa, que cuando me atacan sé defenderme!

Esperó.

El comandante no contestaba, parecía meditar. Bibi se impacientó:

—¡Bueno, diga usted algo! ¿Sí o no?...

—¡No!—dijo el comandante.

—¡Fatalitas!—murmuró Bibi.

## CAPÍTULO VII

## LA REBELIÓN DE LOS PRESIDARIOS

Los dos hombres estaban de pie, separados por la mesa. Hacía algún tiempo que el comandante no oía los pasos del centinela en el corredor, y esto le tenía inquieto. ¿Cómo había dejado pasar al bandido el centinela aquel? ¿De qué estratagema se había valido Bibi para llegar hasta él? ¿Cómo pensaba escaparse? Bibi, apuntando con su revólver a Barrachón, se acercaba insensiblemente a la puerta. Ya iba a llegar a ella. Barrachón hizo un movimiento brusco, y Bibi le apoyó el revólver en la frente.

—No se mueva usted hasta que yo abra la puerta—dijo—, o le mato como a un conejo.

Entonces se explicó el comandante la tranquilidad de aquel hombre durante su discurso. Bibi tenía la llave de la cámara en el bolsillo. El comandante no se movió, en efecto, en tanto que la puerta no estuvo entreabierta, porque, encerrado a solas con el bandido, y sin armas, no tenía ninguna probabilidad de vencerle. Bibi miró hacia afuera. Entonces fué cuando Barrachón tomó su partido. Inclínandose repentinamente, se precipitó sobre el bandido, pidiendo socorro.